

Una Escena en la Calle de la Estampa.

[7 de Abril de 1863].

Era de noche. Una noche imponente por lo tenebrosa; ni una estrella brillaba en el cielo, ni una fogata chisporroteaba en los campamentos de los adversarios. Sólo en el interior de la ciudad, una que otra luzcilla de farol se percibía confusamente. Había estado lloviendo desde las seis de la tarde de aquel día, 7 de Abril, y por lo encapotado del cielo era fácil prever que la tediosa lluvia no tenía trazas de cesar en toda la noche.

La ocasión realmente era poco propicia para andar por esos mundos á caza de aventuras; pero estábamos en guerra, la ciudad de Puebla sufría el formidable asedio de los franceses, y por supuesto, no era de extrañar que algo extraordinario aconteciera en uno ú otro lado. Las patrullas francesas y republicanas, tomando todo género de precauciones, evitando hasta el menor ruido posible, se deslizaban como fantasmas por los paredones y escombros. Al aproximarse á las trincheras, unos y otros

adversarios casi se husmeaban, ya que el oído y el ojo más diestros eran materialmente incapaces de penetrar al través del velo de aquella noche misteriosa y lóbrega.

En la calle de la Estampa, una casa en estado lastimoso, con más de la mitad del techo caído, las paredes derrumbadas unas, y otras con anchos boquetes, denunciaba desde luego que había sido cañoneada terriblemente por el enemigo. Y así fué, en efecto, pues en las primeras horas de la noche, allí se había librado un gran combate.

Al fragor de la contienda y al estruendo del cañón, á la gritería enfurecida de los combatientes y al choque vigoroso de los sables y ballonetas, había sucedido una calma de cementerio.



Por uno de los destartalados corredores caminaban percatándose cuatro personajes; el primero, de gallardo continente, era un General; el segundo, rubio, de abundante cabellera, ojos azules, con la levita completamente abotonada, era un Comandante de Fragata; el tercero, joven simpático, de porte marcial y maneras distinguidas, era un Comandante de batallón, y el cuarto, joven de 25 años, militar instruí-

do y cuyo principal elogio consistía en su valor incontrastable, era un Capitán de infantería. Los cuatro, recargados á la pared, conversaron breves instantes y en voz baja, y de pronto uno de ellos encendió una luz de bengala que iluminó gran parte del recinto. Después de recorrer con la mirada el espacio iluminado y no encontrar lo que buscaban, el que portaba la luz asomó el rostro por una de las claraboyas; nada ni nadie daba señales de vida.

El joven Capitán empuñó resueltamente su espada y mientras su compañero de la luz le alumbraba el sendero, se empeñó en descender por la destrozada escalera. Ya en el patio saltó con no poco trabajo sobre los montones de escombros y los muertos, hasta colocarse frente á una puerta desvenijada donde exclamó en correcto francés: "*Rendez vous. Ne craignez pas. Les republicains vou pardonent.*"

¿Qué pasó entonces? Aquellas palabras fueron como un conjuro de poder mágico, algo así como el *sésamo* del cuento. Salió primeramente de aquella triste mansión un sargento francés, cubierto de polvo y sangre, con la cabeza vendada, y dijo humildemente que todos estaban dispuestos á rendirse y que confiaban en la clemencia de los republicanos. El Capitán le

tendió la mano con cierta dignidad y le dirigió la palabra en términos bondadosos.

Uno tras otro, hasta el número de 35, fueron saliendo los zuavos que habían quedado cortados al derrumbarse la casa y fueron rindiendo sus armas. Entre tanto, los otros militares mexicanos habían bajado también al patio y contemplaban mudos aquel episodio conmovedor. Algunos de los prisioneros se enjugaban las lágrimas y embargados por la emoción casi no podían pronunciar palabra, otros besaban enternecidos las manos de sus magnánimos vencedores.

El General no pudo sufrir más en silencio tan penosa situación y de sus labios se desbordó un torrente de palabras cariñosas para consolar á aquellos desgraciados, y á la vez para elogiar su brillante comportamiento. El Comandante de Fragata fué por una vasija de agua, para saciar la sed de los vencidos que se sentían desfallecer.

El Comandante de infantería tomó en sus robustos brazos á un pobre herido que casi no podía dar paso, y así cargó con él, como si se tratara de un niño, ó de un hijo, hasta colocarlo en una camilla de la ambulancia. El Capitán, sacando del bolsillo una magnífica mascada, prenda que guardaba religiosamente como uno de tan-

tos recuerdos cariñosos, se ocupó con solícito empeño en vendar la pierna destrozada de otro prisionero. ¡Rasgos hermosos de la hidalguía mexicana que perdurarán en las doradas páginas de la historia, como un solemne mentís á los calumniadores de los nobles y bravos descendientes de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez!

Si los mexicanos se habían cubierto de gloria al repeler un ataque brusco y desesperado, también se habían hecho dignos una vez más del respeto y la admiración, por sus sentimientos humanitarios.



Para satisfacer la curiosidad de algunos lectores, muy natural por cierto, al tratarse de las brillantes proezas de nuestros soldados, daremos algunos detalles más del suceso que motiva esta narración.

Forey estaba visiblemente contrariado, los tremendos asaltos sobre San Javier le habían costado mucha gente, y sobre todo, comprendía, como militar instruido, que la toma de Puebla y por ende la rendición ó la destrucción del bizarro Ejército de Oriente, no eran cosas tan baladíes, como lo había previsto en un raptó de orgullo y como se lo habían asegurado paladinamen-

te los afrancesados ó los ignorantes. Así que para vindicarse ante la opinión francesa que estaba pendiente de los acontecimientos de la guerra, por más que hubiese de por medio un grande océano, y para acentuar una vez más sus firmes propósitos de triunfar sobre los muros de Puebla, ideó una serie de ataques parciales, y al efecto, concentró el fuego de su potente artillería, sus mejores reservas y demás elementos de guerra sobre determinados puntos sucesivamente.

En esta vez, sus miradas se habían fijado en la calle de la Estampa, por allí creía posesionarse de una gran parte de la ciudad.

Llamó á uno de sus buenos oficiales y poniéndolo á la cabeza de dos compañías del Primer Regimiento de zuavos, le indicó el punto que, una vez bombardeado suficientemente, debería tomar á fuego y sangre. El oficial se limitó á contestar con un saludo elegante y una sonrisa de satisfacción.

El oficial, un joven de 24 años, de un rostro tan agraciado que más bien parecía el de una señorita, con el kepis hechado hacia atrás, portando pantalón de paño colorado y levita azul, con la espada desnuda, y siempre á la cabeza de sus compañías,

se aproximó al sitio por donde mayores estragos había causado la artillería francesa, y sin detenerse más tiempo que el necesario para dar un vistazo á la escena y para hacerse cargo de la situación, trepó decididamente por los escombros.

—“*En avant!*” gritó á sus soldados, y aquellas fieras humanas se precipitaron al asalto.

Una descarga formidable y certera de los republicanos fué el marcial saludo con que recibieron á sus intrépidos enemigos, que de un modo tan audaz iban en busca de la muerte. El combate se hizo general y duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales los restos de las compañías de zuevos se retiraron en desorden, llevando á su campamento la noticia del fracaso. Esta retirada se hizo más violenta y desordenada cuando vieron que una pared se derrumbaba, aplastando á unos y cortando por completo la retirada á otros.

Forey y su Estado Mayor estaban cada vez más asombrados.

No nos envanecemos por cierto con un hecho de armas, por más que avivara el fuego patrio de nuestros soldados y coro-

nara de gloria á la República; estos hechos se repiten con más ó menos frecuencia en las guerras de todos los países, pero sí debemos pagar un tributo de admiración á nuestros valientes defensores que nunca perdieron la fe en la buena causa y que después de sus triunfos, grandes ó pequeños, siempre se portaron magnánimos y civilizados para con los vencidos, desmintiendo en cada oportunidad el dicho muy extendido en el extranjero de que las huestes sostenedoras del gobierno de Juárez, no eran otra cosa que mesnadas de gerifaltes y asesinos.

Pocos días después de la fecha que hemos mencionado, los prisioneros escribían al General en Jefe del ejército sitiador, dándole cuenta de su situación, del esmero con que eran atendidos los heridos y de la exquisita cortesanía con que eran tratados por la oficialidad y la tropa del heroico ejército mexicano.

Estamos seguros que el lector, por menos curioso que sea, querrá saber los nombres de los cuatro militares que figuraron en este episodio, y vamos á satisfacer su deseo. El de gallardo continente, que ani-

mó á los prisioneros con palabras cariñosas y los felicitó por su magnífico comportamiento, fué el *Gral. Ignacio de la Llave*, encargado de la defensa del punto; el de abundante cabellera blanca y ojos azules que había dado de beber á los desfallecientes, era el Comandante de Fragata *Fóster*; el de porte marcial y maneras distinguidas que transportó en sus robustos brazos á uno de los más seriamente heridos, fué el Comandante de infantería *La Llave*, y por último, el más joven de todos, oficial intrépido y valeroso, el que intimó la rendición en correcto francés y vendó con su elegante mascada la pierna de un prisionero, fué el Capitán de infantería *Alejandro Casarín*.

Al desenterrar este episodio de la huesa común de la historia patria, deseamos vivamente que estas líneas, por pálidas que sean, sirvan para ensalzar el heroico comportamiento de nuestros soldados que, moralmente, fueron siempre tan grandes en sus derrotas como en sus triunfos.

Santa Inés y Pitimini.

(24 de Abril de 1863.)

En una fonda humilde y estrecha de la calle de San Agustín, un grupo de oficiales, un señor licenciado—ya entrado en años—y dos estudiantes departían amigablemente, en tanto que un par de meseras—mozas robustas y vivarachas—arreglaban el albo mantel y limpiaban los trastos y vasos, para servir la cena. La conversación recaía, como era natural, sobre los episodios de la guerra, particularmente sobre las distintas peripecias del sitio. Cada quien hacía las apreciaciones á su manera, pero todos estaban contestes en que la defensa era magnífica y el ánimo de los soldados inmejorable. Los estudiantes, aunque poco versados en achaques de fortificaciones, asaltos y táctica militar, expresaban con calor su entusiasmo por la defensa de la ciudad, por el heroísmo del ejército y por las sabias previsiones del General en Jefe.

Estaban nuestros personajes en lo más sabroso de la conversación cuando se presentó en escena otro militar, correctamente vestido, alto, de duras formas, bigote espeso y de mirada un tanto desdeñosa.

Era un comandante.

Los oficiales se apresuraron á ofrecer sitio á su jefe, y el licenciado, poniéndose en pié, le tendió la mano con cierta familiaridad para darle la bienvenida, festejando á la vez con frases galantes y saladas su presencia tan oportuna.

—Conque díganos Don Antonio—dijo el licenciado—¿qué hay por esos mundos, qué nuevas nos trae usted?

—De extraordinario nada en particular. Después de los graves sucesos de la semana pasada y de las bombas que antier estuvo arrojando el enemigo al centro de la ciudad, de cuyos efectos murieron algunos pacíficos habitantes, no hay nada verdaderamente notable que merezca referirse; las cosas siguen su curso natural, y no nos queda más recurso que esperar con paciencia el desenlace. El cañoneo sobre determinados puntos siguió con pocas interrupciones, yo creo que el Gral. Forey trata de inquirir á toda costa cuáles son nuestros lados vulnerables.

—¿Cree usted, Comandante, que los fran-

ceses intenten otro asalto como el de San Javier?

—¡Como no! Ahí tiene usted, por ejemplo, el episodio de la calle de la Estampa. El enemigo es muy audaz y nos ha de dar buen quehacer. Pocos días ha de vivir el que no lo vea.

—Pero la ciudad es inexpugnable; á lo menos así lo creemos todos.

—Así lo creemos, en efecto, y más todavía, esperamos con toda confianza que aquí los franceses se estrellen redondamente. Pero ya sabe usted, no creen que para ellos existan en el mundo ciudades inexpugnables.

—Se me ocurre una duda, Don Antonio, ¿qué será de nosotros si se acaban los víveres antes que el enemigo levante el sitio ó se crea derrotado?

El Comandante Don Antonio Espinosa, que así se llamaba, permaneció callado por algunos momentos, atusándose nerviosamente el bigote, y luego, como sacudido por una descarga eléctrica, exclamó, con acento farfalloso por la emoción: casi puedo asegurar á usted una cosa, y es que no nos rendiremos por hambre. El Gral. Comonfort prepara un buen golpe y la introducción de cuantiosos víveres.

—Pero suponga usted—es una mera suposición—que por una de tantas contingencias de la guerra el Gral. Comonfort no logra penetrar en la ciudad.

—Pues ni aun así nos rendiremos, porque nos quedan varios recursos heroicos á la mano, ó rompemos el sitio en un ataque desesperado ó dispersamos el ejército, inutilizando antes, todo el material de guerra.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaron al unísono los otros oficiales que no habían perdido ni una palabra del diálogo y que se sentían materialmente electrizados con las sinceras y patrióticas expresiones del Comandante. Un Capitán se puso en pie y arengó á sus compañeros en los siguientes términos: “Sí, señores, lo que acaba de decir mi Comandante es la pura verdad; no nos rendiremos aunque se desplome el cielo. Los franceses tomarán posesión de la ciudad de Puebla cuando seamos cadáveres ó cuando se agoten por completo nuestros recursos, pero aun en este último caso no nos verán arrastrándonos en demanda de misericordia. La patria exige nuestro sacrificio, y el sacrificio será completo. La sombra de Zaragoza nos protege. ¡Viva la República! ¡Viva Benito Juárez! ¡Viva...”

Una explosión tremenda que repercutió en los cerros inmediatos y un vivísimo

resplandor que iluminó toda la ciudad, cual descarga formidable precursora de la tormenta, cortaron la palabra al fogoso orador. La pieza se cimbró desde sus cimientos y menudos trozos de caliche, desprendidos del techo y las paredes, cubrieron el suelo y las mesas.

El reloj de catedral sonó lúgubre y pausadamente las siete de la noche. ¡Hora terrible! ¡hora de desolación y espantosa carnicería!

Todos, con la sorpresa retratada en el rostro, salieron precipitadamente, casi atropellándose, á la calle, en donde pudieron darse cuenta del suceso.

Atraídos más que por la curiosidad por el deber, corrieron hacia el sitio donde se percibía el frenético clamoreo y las nutridas descargas de la fusilería.

He aquí lo que había pasado.

* * *

Aprovechándose de la profunda lobregez de las noches anteriores, el Gral. Forey había mandado minar un gran trecho de la calle de Santa Inés. Se proponía con este procedimiento casi bárbaro aterrorizar á los habitantes no combatientes, para que

éstos ejercieran cierta presión sobre los republicanos, y abrir brecha por los puntos que creía más débiles, con el objeto de reducir y batir mejor al enemigo. Terminada la obra esperó el momento oportuno. Este llegó por fin la noche del 24 de Abril.

La obscuridad era completa, principalmente por las gruesas nubes que entoldaban el cielo y la menuda lluvia que había estado cayendo desde las cinco de la tarde.

El enemigo se acercó cautelosamente é hizo explotar las formidables minas que había colocado, ocasionando el derrumbe de una extensión considerable de la calle de Santa Inés, bajo cuyos escombros quedaron sepultados casi todos los soldados del 2º Batallón de Toluca.

El valiente Coronel José M. Padrés que mandaba el referido Batallón, repuesto un tanto de la sorpresa, se ocupó violentamente en organizar la defensa con los pocos sobrevivientes. Esta fué notablemente oportuna porque los franceses se precipitaban por la brecha como una gran avalancha. —¡Aquí muchachos! gritó el intrépido Coronel, empuñando su pistola amartillada. Todos los soldados se agruparon en torno de su jefe y se aprestaron á la lucha que no se hizo esperar.

Los asaltantes en grupos apretados se

empujaban desesperadamente, alentados con las voces impetuosas de sus jefes y creyendo en una fácil victoria. Unos y otros contendientes se confundían en la ardorosa pelea y se atravesaban de parte á parte con las ballonetas. El ruido que producía el choque de las armas era excesivamente pavoroso; y, por otra parte, la situación no podía ser más desventajosa para el puñado de mexicanos, dada la abrumadora cantidad de enemigos. Parece que el Coronel Padrés y sus valientes estaban condenados á perecer sin medio posible de salvación. Pero precisamente cuando el combate era más encarnizado y los franceses creían seguro el triunfo, apareció el primer batallón de Toluca que acudía en defensa de sus hermanos, el cual era conducido por el Coronel Juan Caamaño, Jefe de la 1ª Brigada.

El General en Jefe de la línea, Berriozábal, también se presentó en el siniestro escenario y comunicó con su sola presencia nuevos bríos á los egregios soldados de la República.

El enemigo no pudo resistir más, vaciló algunos instantes como ofuscado con tanta heroicidad y bravura, y se retiró á sus trincheras en completo desorden y notablemente contrariado.



El Coronel Fóster á la cabeza de unos cuantos hombres reparó violentamente los estragos de las minas, en tanto que sus compañeros se empeñaban en remover los escombros para sacar á los heridos, cuya situación se hacía cada vez más penosa á causa de la lluvia torrencial que en aquella hora azotaba el campo de batalla, como si el cielo mismo tomara parte para lavar el suelo ensangrentado y poner fin á una contienda desastrosa entre dos pueblos que, dadas sus comunes tendencias, deberían confundirse en fraternal abrazo en lo porvenir.

Justo es como tributo de respeto y admiración mencionar los nombres de los héroes que más se distinguieron en esta brillante jornada: Coroneles Caamaño, Villagrán, Fóster y Padrés; Tenientes Coroneles Cirilo Castillo, Sánchez Ochoa y Lallanne y Comandantes Antonio Domínguez y Antonio Espinosa.

Las fuerzas que militaban bajo las órdenes del General en Jefe de la línea, permanecieron en sus puntos toda la noche, previendo que el enemigo no se daría por satisfecho con el resultado de su audaz tentativa y que una vez repuesto y bien reforzado intentaría volver al ataque en

demanda de reivindicación. Y así fué en efecto; á la mañana siguiente, día 25, hizo explotar otras dos minas en la calle de Pitiminí, y se arrojó sobre los defensores con una furia que causaba pavor y asombro.

Por algunos minutos la lucha fué indecisa, ó más bien dicho parecía que la victoria se inclinaba del lado de los franceses, puesto que lograron penetrar hasta el centro de las trincheras de Santa Inés y comenzaban á instalarse tras de los muros que, aunque maltrechos, permanecían en pie después de las explosiones y el bombardeo. Los soldados mexicanos, sin embargo, no se sentían amedrentados ni con ganas de abandonar tan fácilmente sus posiciones; así que alentados con el ardor patrio y la pundonorosa bizarría de sus jefes, se precipitaron á balloneta calada, destruyendo materialmente cuanto encontraban á su paso. El Coronel Padrés, que no se daba punto de reposo, que estaba admirable por su serenidad y valor, y que más bien parecía el numen mitológico de la guerra, disputó al enemigo por largo rato un obús, hasta que logró llevárselo en son de triunfo, á pesar del visible disgusto y los esfuerzos desesperados del adversario que bramaba de indignación.

En esta memorable jornada el enemigo dejó en el campo muchos muertos y veinticuatro prisioneros en poder de los republicanos.

Hazañas como la que dejamos reseñada á la ligera, son dignas del pueblo mexicano y merecen no un simple recuerdo, sino las viriles estrofas de un Homero.



EL VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES.

[25 de Abril de 1863].

Hacer de la milicia algo más que una carrera, del valor una virtud, del pundonor una devoción y de la disciplina un evangelio, son cualidades relevantes y un tanto raras, pero por insólitas que sean, no dejan de manifestarse en mayor ó menor grado en todos los ejércitos del mundo. Pero hacer del deber una satisfacción, sin el menor asomo de vanidad y fuera de lo normal; agigantarse ante los trances difíciles, ante el peligro inminente, teniendo casi la seguridad de morir, eso es sublime y propio sólo de los grandes caracteres.

Hay individualidades de naturaleza tan sutilmente superior, que parecen predestinadas á la inmortalidad, con sólo un rasgo ó un soplo de su virilidad incontrastable. Mientras la generalidad se asfixia ó se conturba ante las grandes pruebas de la vida, los genios—que los hay de diversa